

vuelo del pensamiento para conseguir la elegancia, y poniendo á los modelos franceses muy por encima del fecundo desorden del teatro antiguo. Del mismo modo pensaba Luis José Velázquez (1), hombre de gusto, pero incapaz de lanzarse á los tiempos pasados y adivinar su originalidad. Con tantas disputas y reglas, ningún poeta memorable se presentó en una literatura que habia principiado con tanta pompa, y apenas se producía original sino algun *Auto sacramental*, género que prohibió Carlos III en 1765.

1729-97. Sin embargo, cuando Vicente García de la Huerta puso en escena su Raquel (1778) imitando la antigüedad (*), el público recibió esta producción con patriótico entusiasmo. Aunque Huerta sostuvo el gusto nacional, se inclinó alguna vez ante la autoridad francesa, y en catorce tomos de composiciones del *Teatro español* que publicó (1785) para combatir á los galicistas, no se atrevió á incluir más que comedias de capa y espada; ni siquiera nombró á Lope de Vega, aunque reprodujo mucho de Calderon, y en la introducción se complace en maltratar á los autores opuestos á este y á los Italianos Quadrio, Bettinelli, Tiraboschi, que le habian juzgado poco respetuosamente. Con igual timidez Don Juan José López Sedano (2) reunió las producciones líricas; pero en este género muy pocos obtuvieron fuera de su patria tanta fama como Iriarte, autor de fábulas graciosas; Juan Meléndez Valdes, cantor de amores y escenas pastoriles, célebre por sus canciones populares, y Moratin, que escribió comedias elegantes y sensatas.

Fray Gerundio 1714-83. Al jesuita Isla de Segovia se debe la mas feliz imitación del Quijote en la Vida de Fr. Gerundio de Campázas (3), en la cual ridiculizó el *estilo culterano* y á los malos predicadores. Gerundio habia aprendido de los Capuchinos, á quienes su padre obsequiaba generosamente, muchos textos que no entendia, muchas proposiciones teológicas que entendia á medias, pero que mediante el aplauso de los obsequiados Capuchinos lo habian granjeado en su pueblo alta reputación. Su padre lo puso á la escuela, y el autor parodia aquí la enseñanza pedantesca, las graves disputas sobre la ortografía y la ignorancia magistral del domine, que á propósito ó inoportunamente cita pasajes latinos y excita la admiración de los discípulos con títulos los mas extravagantes de libros y con lo ampuloso de las dedicatorias, entre las cuales hay una de un Aleman que dice: « Á los tres únicos soberanos príncipes hereditarios en la tierra y en el cielo, Jesucristo, Federico Augusto, príncipe electoral de Sajonia, y Mauricio Guillermo de

(1) Origen de la poesia española, 1754

(*) El título es la *Judía de Toledo*.

(N. del T.)

(2) *Parnaso Español*, 1768.

(3) Historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campázas, alias Zótes, escrita por el licenciado Don Francisco Lo bon de Salazar. Madrid (1758-70), 3 tomos.

» Sajonia-Zeitz. » Gerundio entra fraile por consejo de un predicador que lo envuelve en su artificiosa elocuencia, y de un lego que le expone los goces de los novicios y los mayores que los que llegan á ocupar el púlpito obtienen, merced á los donativos de los devotos, sin contar con la confianza femenil. Fray Blas, el predicador mas famoso del convento, sabia captarse la voluntad de las mujeres, ya con el artificio de componerse el pelo y arreglarse el hábito, ya con suaves palabritas, unas veces con proposiciones inesperadas, otras excitando la curiosidad. En una ocasión principia: *Niego que Dios sea uno en esencia y trino en personas*. Todos se quedan estupefactos, y él continúa: *Así dicen el ebionita, el marcionita, el arriano, el maniqueo; pero, etc.* Otra vez al subir al púlpito, exclama: *Á la salud de ustedes, caballeros*: una risa universal acoge este brindis; pero fray Blas prosigue: *No hay que reirse; á la salud de ustedes, caballeros, á la mia, á la de todos, proveyó Jesucristo con su encarnación*. Por semejantes modelos se forma fray Gerundio, sobresaliendo en fama y en gloria, y el autor nos regala algunos de sus sermones, extraña mezcla de sagrado y de profano sin conexión ni sentimiento.

Esta sátira, exagerada como lo son todas y que atrajo sobre el jesuita la ira de los frailes de todas las órdenes, nos muestra, sin embargo, la corrupción á que habia llegado la elocuencia, cuando en el púlpito, su único campo, resonaban los delirios de la escuela, las mezquinas pretensiones del culteranismo, el extravagante esmero en guardar la armonía, la afectada erudición, lo embrollado de los períodos y el afán de buscar lo inesperado y lo extraño.

Don José Somoza, Español contemporáneo nuestro, describe de este modo la vida de Madrid en 1760, vida que era la que se hacía en mucha parte de Europa: « Todo caballero al salir del lecho se ponía en manos del barbero, » funcion entonces mucho mas larga que ahora » que tenemos las dos terceras partes de la cara » con pelo, y operacion que nadie hacía por sí mismo. Despues entraba el peluquero á peinar, » untar, arreglar y empolver la cabeza, operacion larguísima. Solo entonces se pasaba al » gran trabajo de vestirse, que los mas listos » no concluían en ménos de tres cuartos de » hora: tantas eran las piezas que tenian en el » vestido y tantas las hebillas, desde las que » sostenian el cuello hasta las que apretaban » los zapatos. Terminada esta arquitectura, » nuestro hombre se coñía la espada y rogaba » á Dios que hiciese buen tiempo, pues que tenia » que arrostrar la intemperie con pié firme y » cabeza descubierta, cualquiera que fuese el » tiempo que hiciera.

» Si caminaba á pié, tomaba las mayores precauciones para salvar del lodo las medias de » seda blanca y los zapatos á la mahonesa. Yo » he conocido á un oficial que adquirió gran » reputacion por haber atravesado á Madrid en

» invierno sin mancharse de lodo, talento de » alguna importancia en un tiempo en que todos » dos caminaban á pié, cosa que hoy no hacen » sino los comerciantes y personas de negocios. » Entonces tambien las menores cosas estaban sujetas á ceremonias y reguladas por una » etiqueta inexorable que no dejaba un día de » reposo. Festejábanse tres pascuas, la de Navidad, la de la Epifanía y la de la Resurrección; » habia además el día del santo y el del cumpleaños. Faltar á uno de estos deberes era » motivo bastante para que dos familias se enemistasen. El mas pequeño viaje exigía una » visita de despedida universal, que cada uno » devolvía exactamente al día siguiente, y otro » tanto sucedía al regreso. Cuando se celebraba » la fiesta de un santo, cuyo nombre fuese común á muchas personas, el forastero que entraba en una ciudad podría suponer un incendio ó una sublevación; tal era el correr de la » gente afanada tropezándose, injuriándose, » gritando por las calles; los pobres artistas se veían mortalmente apurados por tener que » servir á tantos parroquianos que necesitaban » peinarse, calzarse, vestirse en estas grandes » circunstancias. Tal era la sociedad en los días » solemnes.

» Comíase á la una y en mas cantidad que » ahora, y mayor destreza se necesitaba para » saber comer que para ganar que comer. Adaptábanse ciertos embudos de carton á los manguitos, siendo cosa convenida que las manos » debían permanecer ociosas mientras estuviesen protegidas por este adorno. Otras máquinas se habian inventado para proteger de las » manchas las orlas de la casaca y el cuello de » la camisa; pero ninguna tan complicada y » singular como la de que se servían para dormir la siesta, usanza general de nuestro clima. » Yo he visto al célebre Jovellanos dormir con » la nariz sobre la almohada, pero sin tocarla » mas que con la frente para no descomponerse » los rizos.

» Solo á las personas que no debían hacer » ninguna visita por la noche era permitido » librar la cabellera de estos obstáculos envolviéndola en una redecilla. Estos salían embizados en una capa color escarlata, pero no por » eso se veían desembarazados en el paseo, pues » las medias de seda y los escaarpines no les » dejaban desviarse del camino real. Sin embargo, la situación de los hombres era mejor » que la de las mujeres, pues que aquellos podían á lo ménos sentar el pié en tierra, » mientras estas, levantadas sobre altísimos » tacones de madera, tenían por precision un » andar vacilante y peligroso, como de gallinas » que escarban. Rigorosa y estrechamente oprimidas por el corsé de ballena, ¿ qué ejercicio » podían hacer y cómo no habian de caer á la » menor sacudida? Aquel busto era cosa tan » inmóvil que algunas madres daban el pecho » á sus niños al traves de una especie de agujero abierto en el corsé, mientras las pobres

» criaturitas oprimiendo con la boca sedienta » las inflexibles ballenas, buscaban inútilmente » el calor del seno materno.

» El caballero todos los días experimentaba » tres metamorfosis; bata y gorro por la mañana, divisa militar al medio día, traje galante » por la tarde para asistir á la corrida de toros.... » La gravedad española guardaba su silencio y » su decoro para las tertulias. Nada mas grave » y patético que lo que llamaban un refresco. » Las damas colocadas sobre un estrado formaban un formidable frente de batalla, que no » daba mas señal de sensibilidad y vida que el » movimiento regular y monótono de los abanicos. Seguía una línea paralela de señores » por orden de dignidad, de grado y de mérito. » Cualquiera habria dicho que era aquella una » reunión de hombres congregados, no para » divertirse, sino para oír la tremenda justicia » del valle de Josafat. Nada de música, nada de » baile, nada de conversacion graciosa é interesante; solo los jugadores de naipes, plantados » en medio de la sala, tenían el derecho de » gritar, de disputar desde el principio hasta el » fin, dirigiéndose injurias, y á puñadas sobre » la mesa significar el número de sus triunfos.

» Terminado este grande asunto, cada una de » las familias se retiraba, y para deshacer el » complicado trajenececitaba tanto tiempo como » para ponérselo. Mientras se desarmaba la cabeza de la señora poniéndose despues una » enorme cofia y una peluca gigantesca, desguarneciase la frente del esposo de una batería » de rizaduras que la circundaban con sus algodonados tupés. ¡ Cuántos de estos nocturnos » aparatos no he visto yo cuando era muchacho! Á mis ojos, tan afligidos como maravillados, la forma y el volumen de los autores » de mi existencia iban disminuyéndose y concluían por aniquilarse hasta no poder reconocer su fisonomía ni su estatura.

» La última de las ocupaciones diarias ostensibles de nuestros padres era el dar cuerda á los relojes, ejercicio no pequeño, pues que » cada caballero llevaba dos, y para cada reloj » dos cajas. Todo era doble en aquellos bienaventurados tiempos; dos relojes, dos pañuelos, dos cajas para el tabaco: costumbres inocentes en cuanto era posible, pero todas ellas » de pura formalidad.

» Todo era fórmula para el propietario, para el comerciante, para el artesano, para el rico, » para el noble, para el plebeyo: la fórmula dominaba en la educación del niño, en la matrícula del profesor, en la elección de una » carrera. Tomábase una profesion, embarcábase uno para América y volvía sin saber que » hubiese antipodas, todo segun la fórmula, por » respeto al ídolo mismo. La mayor parte de los » hijos de familia venían á la corte, esto es, á » Madrid, donde pasaban la vida de pretendientes » hasta que encanecían estudiando el almanaque » real. Pero de todas las profesiones la mas formalista en las costumbres, en las ideas, en

« los hábitos, profesión que desaparece ante la civilización como el nenúfar y los hongos ante el cultivo, era la de los abates, que inspiraron tantas sátiras y canciones, objetos de curiosidad, de admiración, de pasatiempo para el bello sexo, que les consideraba con tanta atención y maravilla como consideran los jóvenes botánicos aquella planta singular que se llama mandrágora. »

Esperamos que se nos perdonará el habernos detenido en estas frívolas particularidades que reflejan la vida de nuestros padres, ocupada en estas y otras cosas de la misma importancia. Parini hace mas elegantes, pero no ménos ingeniosas observaciones.

CAPÍTULO XXV

Portugal.

Juan V. Juan V despues de la guerra de Sucesion española, que le valió la Colonia del Sacramento, permaneció treinta y siete años en paz; bastante separado para no verse obligado á mezclarse en los frívolos asesinatos con los cuales los reyes ensangrentaban la Europa. Solo cuando España arrestó algunos malhechores en el palacio del embajador portugues en Madrid y se negó á dar la debida satisfaccion, le declaró la guerra, en la que no solo las fronteras, pero las colonias, peligraron, y se hizo muy difícil un arreglo. Desgraciado imitador de Luis XIV, su fausto no era ventajoso sino para los Ingleses y los Franceses, de quienes dependia el país aun en lo relativo á los artículos de primera necesidad, y el reino se empobrecia á pesar de tener riquísimas colonias. Gastó sumas inmensas para obtener el título de *Majestad Fidelísima* y establecer en Lisboa un patriarca legado á *latere*, con supremacía sobre los obispos de Portugal y de las Indias; y habiendo conseguido este objeto, por decoro del patriarca estableció setenta canónigos mitrados, cada uno con 5,000 cruzados de renta, y dicen que durante su reinado salieron de Portugal para Roma 500,000,000 de francos. Dilapidador clerical en medio de dilapidadores soldadescos.

1673-1743.

Juan, sencillo y toscos á pesar de tanto lujo, reconvenia á sus ministros á palos; refrenó al Santo Oficio que todavía en 1745 celebró un auto de fe en que pereció el poeta dramático Antonio José, y fué amante de la justicia y del pueblo, el cual le amaba tambien por sus mismos defectos. Fundó la Academia portuguesa, que adelantó poco á pesar de tener por presidente el mas ilustre literato de la época, Francisco Javier de Meneses, conde de Ericeyra, autor de la *Enriquêda*, compuesta con todas las condiciones necesarias para formar un poema, ménos el genio. Tambien se fundó otra para que reuniese materiales para la historia de cada obispado y de todo Portugal, con cuyo objeto se debatieron cuestiones importantes; y el rey

tomaba parte en ellas, y los Jesuitas llevaban la parte principal. Atacado de apoplejía, puso Juan el cuidado del gobierno en manos del padre Gaspar, capuchino de la ilustre casa de Govea, excelente hombre, pero no para gobernar un reino. El país quedó entonces á la ventura, la gente se dió al ocio, á la indigencia, al abandono ó suciedad, contenta con desfogar su actividad en venganzas particulares; y cuando murió Juan, aquel que habia sido rey de uno de los países mas ricos del mundo, el que habia fabricado el acueducto de Lisboa y el palacio de Mafra, no se le encontró dinero bastante para hacerle las exequias.

Su sucesor José, que habia vivido hasta los treinta y cinco años en la ignorancia, tomó por ministro á Sebastian José Carvalho-Melho, conde de Ocyras (luego marques de Pombal), que pronto lo dominó y se propuso restaurar el país. El infante Don Francisco se habia puesto al frente de una tropa de valientes por los cuales tenia gran preponderancia en la ciudad; otra capitaneada por otros señores se le oponia y le imitaba, por lo que no pasaba noche sin alguna violencia y aun sangre. Carvalho, de contextura vigorosa y robusta, se unió con un amigo para combatir á estos y trató de sostener el órden con el desórden. Aunque de escasa educacion, adquirió en sus viajes experiencia de gobierno y de política, conoció á los filósofos, y por el tono de seguridad en que hablaban aquellos reformadores, se persuadió de que para crear ciudadanos, gobierno, Estado, espíritu público, bastaba escribir sobre el papel una constitucion. Por tanto lanzó al rey en la carrera de las innovaciones con un ímpetu semejante á la violencia.

Parecióle que ante todo necesitaba quitar de en medio á los Jesuitas, contra los cuales descargó primero el golpe mortal, y humillar á los nobles que lo trataban con orgullo por no ser de la primera nobleza, no obstante que era de familia ilustre y estaba casado con una señora de altísimo linaje (Árcos). Ellos lo acometieron con toda clase de armas, hasta con las del ridiculo; pero Pombal toleraba estos ataques y seguía dictando vigorosas medidas; hizo que volyiesen al fisco muchas posesiones en Asia y en África, adjudicadas á familias de los reyes precedentes; puso obstáculos á los matrimonios entre los hidalgos; negó á los hijos los títulos de los padres; prohibió á la Inquisicion ejecutar ningun suplicio sin aprobacion del rey, y le quitó los registros de las personas condenadas por ella, de los cuales pudiera venir infamia á la prosperidad; suprimió la distincion entre Cristianos viejos y nuevos; combatió de todas maneras contra la jurisdiccion romana; rasgó la bula *In vana Domini*, limitando á las cosas del dogma la dependencia del clero respecto del jefe supremo de la Iglesia; restringió la facultad de adquirir que tenian las manos muertas, y reprodujo cuanto Sarpi y Giannone habian dicho contra la potestad eclesiástica.

1750, 31 de julio

José.

Pombal, 1639-1782.

Reformó la universidad de Coimbra, dando preferencia á las ciencias matemáticas é invitando con cátedras en ella á sabios ilustres de Italia y de Irlanda; fundó tambien el colegio de nobles con los bienes que habia tomado á las congregaciones, dotó hospitales y escuelas, y pensó en instituir en Mafra una órden rival de la de los padres de San Máuro. Ayudáronle á plantear sus proyectos la tentativa de asesinato contra el rey y el tribunal de *Sospechosos* (1) entonces instituido, misterio de iniquidad que basta para infamarlo.

Terremoto de Lisboa.

El día de todos los Santos de 1755, un horroroso terremoto se sintió en un espacio cuatro veces mayor que toda Europa, en los Alpes, en las costas de Suecia, en las Antillas, el Canadá, en Turingia y en las playas del Báltico; muchos rios variaron su curso; las fuentes termales de Toplitz se secaron, luego refluyeron con un color de ocre ferruginoso é inundaron la ciudad: en Cádiz el mar se alzó veinte metros sobre su nivel ordinario: en las pequeñas Antillas donde la marea no es mas que de 75 centímetros, se elevó á mas de siete metros; las dos terceras partes de los edificios de Lisboa, y quince mil (algunos dicen que sesenta mil) habitantes, pasaron de las ocupaciones domésticas á la sepultura antes que á la muerte. El mar subió seis pies sobre el nivel de las mas altas mareas, hizo naufragar buques, derribó edificios, destruyó las provisiones y los campos; los incendios excitados por la lumbre que habia encendida en las casas y que ninguno podia pensar en apagar, hicieron mas triste el espectáculo de tantas ruinas, y lluvias extraordinarias aumentaron el número de enfermedades y de muertes entre los que sobrevivieron al desastre y que con la corte se habian refugiado en el campo. Otras ciudades padecieron tambien, principalmente Coimbra y Braga, y Setubal quedó sepultada con todos sus habitantes.

Pombal en el remedio de estas desgracias mereció una gloria inmaculada; pero en punto á la regeneracion del país obró sin concierto ni prudencia, como era de moda. Vacilante en la política, deseoso del bien pero sin comprender dónde estaba; si en Francia lo exaltaron hasta las nubes atendiendo á las ideas y no á los hechos, estos lo muestran animado de odios y avaricia, aspirando á consolidar el despotismo por medio de calumnias y del terror, minando por su base las instituciones y las creencias nacionales, y preparando de este modo el desórden moral, miéntras trataba de remediar el material. Sucedióse entonces rápidamente unas á otras muchas órdenes minuciosísimas sobre la venta de las castañas, sobre la forma de los billetes de posta, sobre la siembra de granos, sacrificando las vides aun donde este sacrificio no convenia, sin admitir consejo ni sufrir contradicciones, sin esperar la obra del tiempo, sin hallarse en estado de sostener la discusion

(1) Véase lo anterior, pág. 96.

T. VI.

sobre estas medidas. Todo queria innovarlo, con lo cual pudo llenar de riquezas á su familia y satisfacer sus pasiones rencorosas. Favoreció la marina, pero despreció los ejércitos de tierra porque no tuviesen ventaja alguna los nobles; humilló á estos al paso que anhelaba emparentar con ellos; expulsó á los Jesuitas y conservó á los Mendicantes; abolió el estanco del tabaco y estableció el de la sal; hizo traducir á Voltaire, Rousseau y Diderot y quemar á Raynal; aplaudió las nuevas doctrinas y prohibió toda clase de periódicos en Lisboa, no consintiendo el correo mas que una vez á la semana; refrenó la Inquisicion y despues le dió el título de majestad, á fin de valerse de ella para sus venganzas, y nombró inquisidor general á su propio hermano; fué *espíritu fuerte* y al mismo tiempo dió crédito á los milagros del obispo de Osmá, enemigo de los Jesuitas; destruyó el poder de estos y el de los nobles, pero lo sustituyó con el despotismo ministerial; confiscó sus bienes, pero fué para enriquecerse y enriquecer á los suyos, entre quienes repartió con profusion títulos, empleos y honores.

Así fundó un poder ilimitado que debia convertirse en tiranía. Ya con rigor oriental habia condenado *ipso facto* á la horca á los que robaron en el desastre de Lisboa; pero no raras veces solia ahorcar tambien con los ladrones á los que se lamentaban de miserias que no sabia reparar, y dicen que un día envió hasta cien personas al suplicio despues de un juicio sumarisimo. Daba 20,000 cruzados al que denunciase á un ciudadano que hubiese denigrado los actos públicos ó satirizado á personas empleadas en el ministerio; así hizo delito de lesa majestad toda resistencia á la voluntad del soberano, esto es, á la suya; y concluía las órdenes siempre con esta frase: *no obstante cualquier ley en contrario*. Pedro Antonio Correa Garçao, llamado el Horacio portugues, redactor de la *Gaceta*, por haber dicho ciertas verdades fué encarcelado y se le dejó morir en la prision; y habiendo publicado el obispo de Coimbra una pastoral contra los malos libros que se dejaban circular, especialmente la *Doncella de Orleans*, Pombal lo hizo encarcelar en un subterráneo.

La riqueza del Portugal continuaba siendo el Brasil, que desde que se sustrajo de la dominacion holandesa, se restableció con la industria. En el distrito de San Pablo, próximo á las posesiones españolas del Paraguay, segun se ha dicho (1), se habia establecido una mezcla de Brasileños y de desterrados europeos, canalla temeraria y pendenciera, á los que llamaron *Mamelucos* por su semejanza con los de Egipto. Se arriesgaban principalmente en el tráfico de los esclavos, aborrecian á los misioneros, los cuales, introduciendo la religion cristiana, indirectamente preparaban la destruccion de la trata. Saqueaban, pues, sus parroquias, y habiéndoles amenazado Urbano VII con excomu-

Brasil.

(1) Tomo IV, pág. 759